

den y apartados los unos de los otros, porque no causasen confusión; á que acudía el Conde de Olivares con tanta atención como pudiera al negocio más propio. Después iba el señor don Alonso con el Marqués de Ayamonte y Marqués de Oraní, que salió á aquel sitio, y los demás detrás, los lacayos con el mismo orden, y detrás de todos, el Conde de Niebla, á su lado izquierdo el de Olivares, y el Marqués de Castel Rodrigo al derecho, y en su lugar, como caballerizo mayor, el dicho don Melchor.

En esta forma caminaron, guiándolos don Fernando Verdugo, teniente de la Guarda Española, y su Majestad y Alteza se pusieron á un balcón de las dichas casas, que mira al campo por donde venían, y habiendo los primeros á la puerta, dió orden el Conde de Olivares que se apartasen, como iban, en dos hileras, y quedándose cada uno en su puesto sin apartarse, y por medio de ambos, pasaron todos los dichos señores, lacayos y coches vacíos.

En el patio se apearon, y acompañados de los demás que siguen á su Majestad, subieron por la escalera, que descansa en un corredor, del cual entraron en una sala donde, arrimado á un bufete, estaba su Majestad, y á su lado izquierdo el Duque del Infantado. Allí llegó el Conde de Niebla, acompañado del de Olivares, á besarle al Rey la mano y darle la carta de su padre, representándole el grandísimo sentimiento con que quedaba de que le hubiesen embarazado sus achaques en ocasión de tanta felicidad. Respondió su Majestad con demostraciones de agradecimiento y gusto, diciéndole que le había pesado de la indisposición del Duque, y se holgaba de conocer al Conde, que anduvo en aquesta acción muy bien; siguiéronle el señor don Alonso, su tío, y el Marqués de Ayamonte, y, habiendo concluido, volvieron á salir con los señores que le acompañaban, al corredor, entrándose su Majestad en su cuarto, al lado derecho de la dicha sala, y el Conde y los demás señores se entraron después al cuarto del lado izquierdo, donde estaba el señor Infante, á quien también besaron la mano, con el mismo orden, y después, acompañados del Conde de Olivares y del Duque del Infantado y los demás que llegaron

hasta el coche, entraron en él el Conde, su tío y el Marqués y con todo su acompañamiento se volvieron al Bosque. El día siguiente quedaron de acuerdo de que los monteros de á pie del Duque hiciesen algunos conciertos de jabalíes, que pudiese su Majestad correr, pasando del bosque de Palacio al de Doña Ana y, por no hacer ruido ni causar embarazo, salió en esta misma conformidad. Viernes, que fué á catorce, el Conde de Niebla, el señor don Alonso su tío y el Marqués de Ayamonte salieron á recibirle, llevando sólo consigo los monteros de á pie y á caballo, tiradores y perreros, de la misma librea, con sus sabuesos y lebreles, y de respeto caballos en que montar.

Llegó su Majestad tarde al concierto, que estaba tres leguas de las casas, donde le besó segunda vez la mano el Conde de Niebla y le sirvió en nombre de su padre, para sí, para su Alteza y los demás señores que le acompañaban, con doce caballos con sus aderezos de campo, algunos, bordados de oro sobre ante y gamuzas; y otros, de cordobanes de muchas diferencias de colores, también bordados; y los caballos para su Majestad y Alteza cubiertos con tellizes de terciopelo verde, bordados con cortaduras de tela naranja y torzales de oro, todo naranjado, y doce lanzas, las dos de las personas reales, de juncos de Indias, guarnecidas de oro, y las demás de plata; y otro día se repartieron los caballos entre los señores, reservando su Majestad y Alteza y el Conde para sí los que iban señalados. A dos ballesteros de su Majestad dió también otros dos caballos y aderezos de monte, y orden al Conde su hijo que los sacase [á] aquel sitio donde se pudiese correr en ellos el primer jabalí en su tierra. Por ser tarde y muy ásperos los montes, no hubo lugar más de que los sabuesos matasen uno de los que estaban concertados, en que su Majestad se entretuvo y, después en ver correr los galgos una banda de gamos.

Llegada que fué la noche, tomó el coche y, metiendo en él al Conde de Niebla, caminó á las casas de Doña Ana, donde, después que hubo descansado, quiso ver los artificios y invenciones de fuegos que le tenían prevenidos delante dellos, tales, que cuando no hubiera habido en el Bosque de Doña Ana otra demons-



tración, bastara sola ésta á manifestar la grande voluntad del Duque; vídolos su Majestad desde una ventana de la galería que mira al campo, teniendo consigo al Conde de Niebla y haciéndole particulares favores, celebrando lo que le entretenían. Estaba formado un castillo de pólvora ochavado, frontero de la puerta principal de la casa, de cincuenta pies de alto, nueve varas de diámetro y veinte y siete de circunferencia, con dos órdenes de corredores: en el primero estaba un gladiator jugando con dos espadas, y en el segundo, más alto, el hecho de don Alonso Pérez de Guzmán en Tarifa, y por remate una jarra muy bizarra, de que salieron juntos innumerable suma de cohetes voladores. Cada corredor tenía ocho pirámides que las remataban otros tantos globos, todo de la misma pintura que el castillo, el cual tenía repartidas en los lados quinientas bombas de á ocho libras de pólvora cada una, y se remataba el castillo con una figura de la Fama, bien acabada. Púsose una sierpe junto al castillo, con mucha máquina de cohetes; había seis hombres á caballo, armados de fuego, con sus adargas, que jugaron las cañas y lidiaron un toro encohetado. Había dos hombres armados con sus celadas, que tornearon en una batalla de gran cantidad de cohetes. Un hombre armado de fuego, sobre un carro de fuego, que se quemó, quedando sin daño, echaron de sí muchos voladores y otros cohetes, que duró una hora. Habiéndose concluído, mandó el Rey al Conde que se fuese á su cuartel y pidió la cena, y es increíble cosa lo que se gastó de los guardamangeles para dar á su Majestad y á los que le seguían; pues, concurriendo en aquel sitio, de la gente que venía con la Corte y los que se habían juntado de diferentes partes á ver aquella grandeza, más de doce mil personas, todos alcanzaron abundantísimamente de todo género de regalos, siendo en este desorden mayores los desperdicios. Acabados los fuegos y la cena, se recogió su Majestad y los señores á sus aposentos. En el de su Majestad había una caja grande de plata, grabadas las armas reales, forrada por de dentro en cuero de ámbar, con funda de lo mismo, cairelada y con alamares de seda verde y plata, y dentro, cincuenta cordobanes, cien pares de guantes y cincuenta de fal-

driqueras, todo de ámbar; dos cajas cuadradas, cubiertas y aforradas con cuero de ámbar, guarnecidas y caireladas de seda verde y plata, la una llena de pastillas y la otra de pebetes, que toda la caja valdría seis mil ducados. En el del señor Infante, dos azafates grandes calados de plata, con cuarenta cordobanes y cincuenta pares de guantes, todo de ámbar, cubiertos con dos tafetanes verdes labrados de seda de colores de matices. En el del Conde de Olivares, una ropa de levantar muy rica, encarnada, bordada toda de oro y plata y guarnecida con bordaduras y alamares de lo mismo, forrada en lana prensada, encarnada y plata; una salvilla grande de oro con encajes de cristal, grabadas las armas de Guzmán, y un pomo de cristal, hechura de corazón, guarnecido de oro, y cajuela de pastillas de lo mismo, y otra bandeja de plata sobredorada, de hechura muy extraordinaria y airosa (1), con una camisa, lienzo y guantes de ámbar, cubierto todo con sus tafetanes, como lo demás [que] se sigue. En el del Duque del Infantado, una ropa de tela de oro morada, forrada, el colchado de ámbar, sacadas las labores del forro con oro, guarnecidas con pasamanos anchos y alamarestambién de oro, y una bandeja también de mucho primor, de plata dorada, camisa, lienzo y guantes, cajuela y frasquillo de cristal guarnecidos de oro. En el del Almirante de Castilla, una ropa de tela encarnada, forrada en lana prensada del mismo color, guarnecida con alamares de plata y una bandeja dorada como las demás, pomillo y caja de cristal, lienzo y camisa. En el del Marqués del Carpio, otra ropa, bandeja y lo demás, como se dió al Almirante. En el de don Luis de Haro y el Marqués de Castel Rodrigo, de Oraní, de Belmonte, Conde de Portalegre, el de Palma y el de la Puebla, en cada una una bandeja, airosa como las demás, de plata dorada, con camisa, dos pares de guantes, lienzo, una cajuela de pastillas y pomillo de plata dorado y esmaltado. En el de Garci Pérez de Araciél, don Francisco Zapata, los secretarios Pedro de Contreras, Anto-

(1) En el impreso original, muy estrecha, ordinaria y airosa; pero téngolo por errata, y me parece que había de decir como lo enmiendo en el texto.



nio de Loza, Francisco de Alviz, Juan de Insausti (1), cada uno camisa, lienzo y guantes de ámbar. Y habiendo entendido el número de gente que había concurrido en el Bosque, demás de los bastimentos que estaban de respeto, para irlos cebando y para que los de regalo se comiesen más frescos, se ordenó que con treinta acémilas se llevasen de San Lúcar nuevos mantenimientos y regalos todos los días que su Magestad estuvo en el Bosque.

El día siguiente, sábado, como á las ocho de la mañana, dió á entender su Magestad que gustaría de ver lidiar unos toros en el patio de las dichas casas, y en menos de hora y media se hizo el toril y se encerraron doce muy valientes: los nueve de ellos, que se lidiaron, hicieron muy buenas suertes, sin desgracia. Toreó á caballo don Juan de Cárdenas, un truhán del Duque, de excelente humor, con tanta destreza y bizarría, que al toro más furioso dió una muy buena lanzada, entreteniendo de manera á su Magestad en esta ocasión y en todas las demás, que se le llevó consigo á Madrid. Mató su Magestad tres toros con el arcabuz y el Duque tuvo prevenidos los mejores conocedores del Andalucía, que á caballo torearon en el patio, haciendo muy buenos lances, y después derribaron en el campo algunos toros, á vista de su Magestad. Por la tarde fué á montar con el Marqués de Castel Rodrigo y el Conde de Niebla, y los señores se entretuvieron en oír una comedia que representó la compañía de Tomás Fernández y Amarilis, á quien el Duque tuvo por su cuenta en la ciudad de Sevilla desde el Miércoles de Ceniza, después que se acabaron las representaciones, sólo para este efecto. Mató su Magestad con el arcabuz un famoso jabalí, y otro los perros, habiendo pasado el resto de la tarde en ver correr otros, de que vino muy entretenido.

A la noche le representaron otra comedia, y por principio dijo de repente Atilano de Prada, un mozo de la facultad que el Duque tiene en su servicio, una loa en su alabanza, que, por ser

(1) En el original, por errata, *in Sansti*.

de versos tan concertados, hubo quien juzgase que era prevenida, demás que, para desengañar esta sospecha, discurrió luego agudamente en las cosas que aquella tarde habían pasado á su Magestad [y] en las acciones que actualmente hacían los que le estaban oyendo. En esto, en la comedia y en oír á Cogollos, que es un hombre de buen humor y ingenio que entrétiene al Duque, y con don Juan de Cárdenas, pasó el resto de la noche (1), y, siendo hora de cenar, mandó al Conde de Niebla, que todo el día había asistido con su Magestad, que se recogiese, enviándole cada vez más favorecido.

Domingo por la mañana no salió su Magestad de las casas de Doña Ana; que en ellas se entretuvo con el Conde y los demás señores que le siguen. Por la tarde, fué á la playa, al sitio que llaman de la Barrosa, donde vido que echaban un lance los pescadores á las redes, y se entretuvo su Magestad viendo las diferencias de pescados que mataron. Después volvió á la laguna de Sancta Olalla, donde tenía el Duque prevenida una falúa y tres barquetas. La falúa, para que se embarcase su Magestad, toda la popa dorada, proa y perfiles, y remos verdes, forrada toda por dentro en tabí del mismo color, y guarnecida con pasamanos y tachuelas doradas. Los que bogaban en la falúa iban al uso de marineros: jaquetas y calzones anchos, verdes; jubón, medias y ligas del mismo color. Aquí se embarcó su Magestad, el Conde de Olivares y el Conde de Niebla, que la gobernaba, y dos balletteros que cuidaban de las escopetas de su Magestad y Alteza, y otros dos tiradores del Duque, quedando los demás con los monteros de á pie en las veras de la laguna levantando la caza, y todos los monteros de á caballo, con lanzas, á las espaldas della, para descubrir y guardar la mar. En las demás barquetas se embarcaron algunos de aquellos señores y criados del Duque y de su Magestad, que, andando embarcado, con la escopeta mató mu-

(1) En el original está viciado el texto, y no hace sentido. Dice: «...los que le estaban oyendo esto en la Comedia, y en oír á Cogollos... pasó el resto de la noche...» No sé si habré acertado á restituir el pasaje.



cha caza, y quedó tan aficionado á este ejercicio y á la dicha laguna, que diferentes veces repitió al Conde que no había tenido en su vida mejor rato. Hábiales representado Tomás Fernández á los de la Cámara aquella tarde una comedia, y por la noche hizo otra á su Majestad, con que se recogió, y el Conde á su cuartel.

El lunes no salió su Majestad hasta la tarde, que fué al campo, yéndole acompañando uno de sus gentiles hombres, y el Conde de Olivares y el Conde de Niebla, y fué hasta la dicha laguna, y habiéndose entretenido en ella un rato en la forma que el día pasado, se partió de allí á montar, y, corriendo un ligero jabalí, le acosaron dos monteros del Duque con los sabuesos, hasta echarle los lebreles; y hallándose cerca su Majestad y don Miguel Páez de la Cadena, se echó del caballo á tenerlo por las orejas, y su Majestad con un cuchillo de monte lo mató, de que volvió muy gustoso y entretenido. La noche la pasó como las demás y el día siguiente resolvió irse.

Martes, á los diez y nueve del dicho, acordó su Majestad de pasar á dormir á la ciudad del Puerto de Santa María, y habiéndose partido al amanecer del dicho Bosque en los coches de mulas del Duque, porque los de su Real persona habían pasado antes, para que los hallase de la banda de la ciudad de San Lúcar, llegó como á las diez del día á la playa, donde tenía ya el Duque prevenidas dos muy compuestas falúas, que eran de las armadas del Mar Oceano y guardas del Estrecho, en que se embarcó su Majestad y todos los grandes y títulos que le seguían, pasando á comer á la galera real, que en conserva de otras diez se hallaron en este puerto, y al entrar en ella le hicieron todos los navíos, el castillo, baluartes y torres de toda la ciudad muy grandiosa salva con toda su artillería.

Había traído el Duque de diferentes partes (teniéndolas muchos días en la ciudad de San Lúcar) seis barcas muy capaces para poder pasar en cada viaje cincuenta cabalgaduras, y estaban prevenidos seis barcos luengos que las remolcasen, ordinarios, y otros veinte y cuatro para la ropa y gente, sin otros doce para los coches y literas. Y así, aunque fué el carruaje tan grande como

se puede imaginar y la gente innumerable, en lo que tardó su Majestad en comer pasó lo uno y lo otro con mucha comodidad, siendo la atravesía (*sic*) de una parte á otra una grande legua, y con grande corriente. Para que su Majestad tomase la falúa había una puente en la parte del Bosque, que entraba en el río diez y seis varas de largo, y tenía bien hechas otras cinco de ancho, guarnecida por ambas partes de barandillas torneadas, pilastras y bolas, todo dado de color verde al olio. Al levantar las mesas de su Majestad, hicieron señal con segunda salva las galeras, navíos, castillos, baluarte y torre de San Jacinto, con toda su artillería, con balas, teniéndolo todo así prevenido el Duque.

Habiendo comido, tomó su Majestad la falúa y vinieron de escolta, acompañándole, todas las galeras, hasta llegar á la planchada que el Duque tenía mandada fabricar, que estaba junto á la ermita de Nuestra Señora de Bonanza, que desde la tierra firme entraba en el río ciento y veinte varas, con doce gradas para subir á ella del agua, con consideración que, viniendo en galera, desde ella, estando el agua pleamar, pudiese tomar la planchada; y si en mejor bajel, ó bajamar, subir por las gradas; pero tan fuerte y con tanto primor, que no es de las menores grandezas que se pueden referir en esta acción. Tenía de ancho cinco varas, ornada por ambas partes de barandillas, con setecientos balaustres torneados, y á trechos de tres á tres varas, unas gruesas bolas sobre sus pilastras, que fueron ciento y diez, y hacían muy hermosa y agradable vista, porque estaba todo dado de verde al olio. Al salir su Majestad de la galera, le hicieron tercera salva, y en todas las salvas que se hicieron disparó el castillo noventa y seis piezas, el baluarte sesenta y dos y la torre veinte, y todas con bala.

En la playa, junto al lugar, estaba formado un escuadrón con once banderas, y en ellas mil y trezientos infantes de la milicia de la ciudad, todos con muchas galas y plumas y con muy buena orden y disciplina; al descubrir el coche donde iba su Majestad hicieron primera salva, y acercándose más, al hacer la segunda, abatieron las banderas, y en llegando, ya que pasaba, dieron ter-



cera carga y le fueron siguiendo una de las compañías de dozien-  
tos hombres de los más lucidos, de guarda por el camino y el  
tiempo que su Majestad estuvo en casa del Duque, hasta salir al  
campo de San Sebastián, donde las demás, habiendo tomado di-  
ferente camino, habían llegado y formado su escuadrón al paso  
del Puerto de Sancta María, y hizo á su Majestad las mismas  
salvas que en la marina. El día antes había venido á visitar al  
Duque el Duque del Infantado, que, por prevenir el regalo de su  
Majestad, porfió en volver á dormir á San Jerónimo, donde le en-  
vió el Duque, para cenar aquella noche, cien barriles de pescado  
regalado. En su casa se hospedaron el Patriarca de las Indias,  
un sobrino suyo, el confesor de su Majestad, el Nuncio, el padre  
maestro fray Hortensio Paravesino, predicador de su Majestad,  
con todos sus criados, que en diferentes mesas y en diferentes ho-  
ras del día y la noche comieron y cenaron muy espléndida y re-  
galadamente. Al Nuncio mandó poner el Duque en su aposento,  
para cuando se fuese á desnudar y acostarse, una famosa ropa mo-  
rada de tela finísima, toda aforrada de lama del mismo color, con  
muchos pasamanos y alamares de oro, una bandeja de plata, ca-  
misa, lienzo y guantes de ámbar, pomo y cajeta de pastillas. Ocho  
días antes habían llegado á ver al Duque y hecho noche en su  
casa el cardenal Zapata, el Conde de Barajas, y un hijo suyo. En el  
aposento del Cardenal se puso de regalo una ropa de tela azul fo-  
rrada en lama de plata, con pasamanos y alamares de plata, ban-  
deja, camisa, lienzo, guantes, pomo y cajuela, como al Nuncio.  
En el del Conde de Barajas, bandeja de plata dorada, con camisa,  
dos pares de guantes, lienzo, cajuela y pomo, como se hizo en el  
Bosque con los demás señores de la Cámara. Antes que llegara su  
Majestad fueron güéspedes del Duque en su casa muchos días el  
Conde su hijo, el Marqués de Ayamonte y don Lorenzo de Cór-  
doba su primo, don Diego de Guzmán, don Agustín Mejía, don  
Fernando Girón, del Consejo de Estado de su Majestad, y el se-  
cretario don Andrés de Prado, con mucho número de criados, y  
á todas las personas de respeto se les dió camisa, lienzo y guantes,  
como á los demás. Demás de hospedar en el Bosque toda la Corte

de lo que se ha referido, antes y después que su Majestad pasase,  
vinieron y se hospedaron en casa del Duque, de paso, don Diego  
Brochero, el Conde de Palma, el de Cantillana, el Marqués de  
Oraní, secretario Bartolomé de Anaya, y su hijo Juan de Pedroso,  
el secretario Antonio González de Legarda, y otros muchos ca-  
balleros particulares de los que seguían á su Majestad y concu-  
rrían de diferentes partes, que por no causar prolijidad no los re-  
fiero. De sus criados y de los señores que le enviaban á visitar, y  
oficiales de su Majestad, fueron más de dos mil personas, á los que  
se dió ración y de comer en casa del Duque abundantísimamente,  
y hubo algun día en que concurrieron juntos de todo género de  
gentes setecientas personas. El día que partieron del Bosque todos  
los que seguían á su Majestad llevaron del guardamangel, que  
siempre estuvo franco, cuanto quisieron. Sin lo cual dispuso el  
Duque que en la playa, de la parte del Bosque á la embarcación,  
se pusiese una tienda con muy gran cantidad de pan, vino, esca-  
beches y queso de Flandes, de que pudiesen tomar refresco los  
que llegaron; y habiendo gastado éstos mucha parte, sobró para  
que la gente de las galeras y la de los barcos, que allí habían con-  
currido, alcanzasen mucho de lo que sobró. Aunque se dijo que  
su Majestad quería pasar del Bosque al Puerto de Santa María sin  
tocar en San Lúcar, y para este efecto había prevenido el Duque  
camino desde la planchada por fuera del lugar, con todo, hizo  
aderezar su casa con notable grandeza y aseo, colgados todos los  
aposentos y salas de ella de diferentes telas y brocados, y en par-  
ticular, tres galerías continuas, que se habían adornado con consi-  
deración de que si su Majestad fuese servido, descansase en ellas,  
y con la mesma mandó prevenir sus botillerías copiosísimamente,  
y no fué ociosa prevención, pues demás de haberse hospedado y  
comido en su casa la gente que se ha referido, el día que pasó su  
Majestad y otros antes se ordenó que se diese á todos los que lo  
seguían cuanto pidiesen, como se hizo con gran largueza, gastán-  
dose en este día trescientas fanegas de cebada.

Adelantóse (habiendo salido su Majestad de las galeras) el  
Conde de Olivares á visitar al Duque, el cual, bien contra la vo-



luntad de los médicos y á costa de su salud, se había vestido para besar la mano á su Majestad. Salió en una silla á recibir á su primo hasta la primera mesa del escalera, y del atrevimiento de este día, por estar muy flaco de cuarenta días de cama, le resultaron nuevos achaques, que todavía padece. El Conde de Niebla asistió con su Majestad en la galera, y el señor don Alonso de Guzmán su tío y el Marqués de Oraní, en tanto que comía, se adelantaron á ver al Duque, y acompañado de ambos y de mucha caballería, el Marqués de Villamanrique, hijo segundo del Duque, fué á besar la mano á su Majestad, con siete coches del Duque y el uno de seis caballos, los cuatro de á cuatro y los dos de á seis mulas, con doce lacayos vestidos calzón y ropilla de terciopelo negro, con pasamanos y alamares de plata y azul, jubones de espolín azul y plata, medias y ligas con puntas de plata, sombreros negros con toquillas bordadas azules y plata, ferreruelos negros de paño fino, con la misma guarnición que los vestidos, y aderezos de espada y daga plateados. Desta misma librea fueron veinticuatro pajes y se vistieron ocho ayudas de cámara, otros ocho reposteros y cuatro mozos de silla, para llevar la del Duque. Los cocheros del primer tiro llevaban baqueros de terciopelo negro con la misma guarnición, y los de los demás, de paño negro, guarnecidos con pasamanos negros, y la librea de camino los de las mulas. Los seis caballos de la carroza en que salieron los señores llevaban guarniciones de ante, sillas de lo mismo, frenos, clavazón y estribos dorados, y muchas borlas de seda naranjada y oro. Los cuatro del segundo tiro llevaban guarniciones de vaqueta azul, clavazón dorada, sillas y frenos en la misma conformidad. El tercero y cuarto, guarniciones de vaqueta negra, clavazón el uno dorada y otro plateada, con la misma correspondencia de sillas y frenos, y el quinto, guarniciones de ante, clavazón y frenos plateados, y las guarniciones de las mulas eran de collares de vaqueta negra. Desta manera llegó el Marqués al salir su Majestad de la galera y, acompañado del Conde de Niebla y de los demás, besó la mano á su Majestad; y habiendo enviado el Duque al Conde las llaves del Castillo, para este efecto, en una

salvilla, las ofreció en su nombre á su Majestad, en señal de reconocimiento. Habiendo cumplido con esta ceremonia, se entró su Majestad y Alteza en su coche, con el Duque del Infantado, Marqués de Castel Rodrigo y Conde de Niebla, y fué á las casas del Duque, que bajó en la silla al patio, y saliendo de ella (ayudado del señor don Alonso y otros señores), le besó la mano con grande demostración de la honra y favor que le hacía, y el Rey le recibió con mucho agasajo, levantándole del suelo y mandándole que se quedase; subió arriba, donde, á la segunda mesa de la escalera, salió mi señora la Duquesa de brazo del Conde de Olivares, y habiendo pedido su Excelencia la mano, le quitó el sombrero su Majestad, y descubierto, la levantó con particular agasajo y demostración y pasó delante, siguiéndole mi señora la Duquesa, siempre del brazo del Conde de Olivares, hasta la sala de su estrado, donde su Majestad se sentó en su silla, no permitiendo que se sentase la Duquesa sin traelle de otro aposento su almohada, porque en éste no había más que debajo del dosel una silla para su Majestad, y así, se trujo otra para su Alteza, tardando cerca de una hora en la visita, con mucho agrado. En este tiempo hicieron Consejo de Estado en el aposento del Duque del Infantado el Conde de Olivares, don Agustín Mejía y don Fernando Girón, de donde enviaron á llamar al Duque diciéndole que su Majestad le había hecho merced de que jurase en él, como lo hizo, con grande estimación de las circunstancias de haber honrado su casa viniendo á ella, y á su persona con este puesto, haciéndole, demás de todo esto, merced de cuatro hábitos que repartiase entre los criados suyos que se habían ocupado y trabajado en esta ocasión. Acabado el juramento y la visita, bajó su Majestad y en la misma forma que había entrado le siguió mi señora la Duquesa cuatro piezas, y á la última volvió el Rey el rostro y, quitándole el sombrero, la mandó que se quedase. Intentó el Conde de Olivares volver con su Excelencia hasta su estrado, y, no permitiéndolo, siguió á su Majestad hasta darle el coche, donde salió segunda vez el Duque á besarle la mano, reconociendo los favores que había recibido, asistido de todos los señores, que hicieron lo mismo, juzgándose cada uno



en ellos interesado. Partió á dormir al Puerto, y de allí á Cádiz, donde, habiendo estado algunos días, determinó de pasar á Gibraltar. Súpolo tarde el Duque, que hacía noche en Medina Sidonia (ciudad del Duque), donde envió luego á don Miguel Páez de la Cadena, alcaide della, para que previniese la caballería, y orden al sargento mayor para la infantería, y al licenciado Rodrigo Simón Enríquez, de su Consejo, para que con el corregidor de aquella ciudad asistiera á abrir el camino que va á la de Tarifa, en que trabajaban por su orden mil y cien personas cada día, y, con ser muy fragoso, le dejaron llano; y para la subida, por si las mulas de los coches llegasen cansadas, estaban prevenidas cincuenta yuntas de bueyes, y porque entrase su Majestad camino derecho, sin torcer los coches, se compraron y derribaron muchas casas á la entrada. También estaba á cargo del licenciado Enríquez y del corregidor disponer la comodidad de los que seguían á su Majestad, que estuvo tan prevenido, que se pregonaba por la calle aquella noche que quien no tuviese camas y bastimentos acudiese á los dichos. Llegó su Majestad á veinte y siete de Marzo y á la entrada de la ciudad estaban ochocientos hombres della, en un escuadrón con seis banderas, que, en viendo el coche de su Majestad, hasta que llegó, le hicieron salva con tres cargas, y poco más adelante estaba una compañía de dozientos hombres muy lucidos, que, habiendo hecho lo mismo, le siguieron hasta la ciudad de Tarifa, estando de guardia aquella noche en Palacio, y á la salida acompañándole, y el Alcaide, con sesenta lanzas (que también fué con su Majestad), pasó siguiéndole por la costa para asegurar cualquier peligro, y la ciudad envió acémilas con mucho refresco para su gente y para la de su Majestad. Envió la villa de Vejer (que también es del estado del Duque) muchos bastimentos á las casas, con ser término de Tarifa; que todo lo había dispuesto y ordenado así.

También envió al Conde de Olivares una rosa para el sombrero, de diamantes, de estimación de diez mil ducados, que supo había contentado á su Majestad en Cádiz, para que su Excelencia le sirviese con ella en su nombre á su Majestad, en demostración

de que en todas las partes de su estado hallase señal de su reconocimiento y voluntad; y así, estando tan frescas las que hizo enviando á su Majestad pocos meses antes, primero tres caballos excelentes, y el uno de grande estimación, con mantas de terciopelo verde, cuajadas de pasamanos de oro, bordadas las armas reales, y cuatro escopetas y dos ballestas, labradas las cajas de carey y marfil de montería, grabadas; un escudo, de oro las armas reales y todo lo que había de ser de herraje también de oro, carcajes y bolsas bordados, frascos como las escopetas, y cada una de ellas, y de las ballestas, con fundas de terciopelo verde, bordadas con curiosidad y grandeza, de las mismas monterías y trofeos. Y después, con ocasión de la venida del Príncipe de Gales, otros veinticuatro caballos, con diez y ocho jaeces, y algunos de oro, y seis aderezos sobre cueros de ámbar, bordados de trofeo y monterías de oro y seda, con los estribos y lo demás correspondiente de plata, y sobre los jaezes y aderezos, veinticuatro terlices de terciopelo verde, ricamente bordados, y veinte y cuatro esclavos, vestidos de paño fino azul con pasamanos y alamares de plata y seda leonada, que llevasen de diestró los caballos, que el uno y otro presente serían de valor de noventa y seil mil ducados, no contentándose con estas demostraciones su grandeza, y habiendo de venir su Majestad á ver su tierra, quiso hacer las que se han referido, con tan costosas prevenciones, que se juzga que habrán importado más de doscientos mil ducados, sin el presente de los caballos, que montó noventa y seis mil, y sin más otros noventa que gastó en lo que hizo el año de diezinueve para la venida de su Majestad, que esté en el Cielo, que no tuvo efecto, que son gastos de casi cuatrocientos mil ducados, si bien grandiosa suma, muy corta para el ánimo de su dueño.

LAVS DEO

*Impresso con licencia. En Sevilla por Iuan de Cabrera, frontero de las casas de don Iuan de Ginetrosa, que solia bivar alli el Correo Mayor.*

1624.